so recibir, alegando que en el hospital del Hôtel-Dieu habia mas de dos mil pobres enfermos con mayor necesidad que él. Un procurador del rey de una de las principales ciudades del reino, antes de entrar en su Congregacion, le dió una posesion de que era dueño absoluto; pero Vicente la volvió á sus parientes por no ser esta donacion conforme á sus ideas. Finalmente, despues de la batalla del arrabal de San Antonio, viendo espuesta su casa á ser saqueada por uno de los dos ejércitos que desfilaba por aquella parte, mandó que en caso de verificarse tal desgracia, toda la comunidad se retirase á la Iglesia, y que postrada á los pies del Hijo de Dios, le ofreciese como á dueño soberano sus haciendas y muebles, y que despues de haber sido despojados de ellos, le diesen humildes gracias por este beneficio.

El desinteres de nuestro Santo se estendia hasta su propia Congregacion; quiero decir, que nunca hizo ni permitió que hiciesen sus hijos la menor diligencia para proporcionarla sujetos sobresalientes, ni para adquirir fundaciones útiles. La máxima de dejarlo todo en manos de Dios, de entregarse sin reserva á su santa voluntad, y de no adelantarse á su providencia, se halla tan repetida en sus cartas, que se deja ver claramente que nunca la perdió de vista. «Me decis, escribia á uno de sus sacerdotes de «Polonia, que el rey y la reina van á Cracovia, y que seria muy «conveniente que se hallase alguno de los nuestros para solicitar «alguna fundacion. A esto os respondo que nuestra Congrega-«cion tiene por máxima inviolable no solicitar jamas fundacion «alguna, y que hasta ahora, por la misericordia de Dios, lo ha «practicado así, y mientras siga mi dictámen siempre hará lo «mismo. ¿Qué mayor felicidad que hallarnos en los parages «á donde Dios nos ha llamado? ¿Ni qué mayor desgracia que es-«tablecernos donde no nos llama?"

Mucho mas pudiera haber dicho nuestro Santo; porque en la realidad conservaba muy contra su gusto algunas fundaciones, como las de Toul y de S. Meen; y gobernado por cierta especie de insensibilidad en órden á los progresos de su Congregacion, no quiso admitir otras, como la de nuestra Señora de Betharan, á la que el obispo de Lescar, el parlamento de Navarra y ocho sacerdotes que asistian en aquella famosa hospedería de peregrinos, le instaban que enviase sus misioneros.



El mismo método siguió respecto de las hermanas de la Caridad: no solamente no hubiera permitido que ellas solicitasen fundaciones, sino que ademas queria que estuviesen siempre prontas á sacrificar las que tenian. Las hizo retirar de Mans, á donde habian sido llamadas, porque no hubieran podido permanecer allí sin dar motivo á ciertas disputas que quiso evitar. Luego que tuvo noticia de que los administradores del hospital de Nantes pensaban sustituir en aquel establecimiento ciertas religiosas hospitalarias á las hermanas de la Caridad, les escribió diciéndoles que habia oido hablar mucho bien de aquellas; que las que estaban en Dieppe hacian maravillas; y que si habian tenido algun pensamiento de despedir á las hijas de la Sra. Le Gras, les suplicaba rendidamente que no tuviesen el menor reparo en hacerlo. Queriendo inspirar el mismo espíritu á esta sabia fundadora, le envió su carta abierta, y mandó al que la llevaba que la dijese que no debia ocasionarle la menor pena aquella despedida; que el espíritu del cristianismo quiere que nos conformemos con el modo de pensar de otros; y que cuando nos ponemos en manos de Dios, el Señor sabe muy bien sacar su gloria de las mudanzas que hacen los hombres.

---

## CAPITULO XVII.

### Su pureza.

Bien se deja ver que un hombre que como el Apostol[1] *llevaba siempre sobre su cuerpo la mortificacion de Jesucristo*, que afligia su carne con la mas áspera penitencia, y de quien se podia decir como de su santo Precursor dijo Jesucristo,[2] *que ni comia ni bebia*; bien se deja ver, vuelvo á decir, que un hombre de este carácter tenia grande imperio sobre sí mismo. A pesar de esto, era tan vigilante y tan tímido, como si siempre estuviera viendo á su lado al ángel de Satanás que abofeteaba á San Pablo.[3] Para oponerse á las medidas de este cruel enemigo de nuestra salvacion, se pro-

1 2. ad Corint. cap. 4. v. 10.
2 Matth. cap. 11. v. 18.
3 2. ad Corint. cap. 12. v. 7.

puso desde luego las cinco reglas siguientes, de las que nunca se separó.

Jamas visitaba á muger alguna, ni aun á las señoras de su Congregacion, sino cuando le precisaba á ello la gloria de Dios. La Sra. Le Gras, de cuya virtud hacia tanto aprecio, era tratada en este punto como todas las demas, y así se habia concertado entre los dos desde el principio de aquella union íntima y santa que Dios formó entre ellos.

Ademas de ser muy conciso en las conversaciones que tenia que mantener con personas de sexo diferente, era en estremo modesto, nunca fijaba en ellas la vista, se mantenia con los ojos bajos sin violencia ni afectacion; mas parecia ángel que hombre.

Aun despues de haber llegado á una edad decrépita y que pasaba ya de los ochenta años, jamas se halló solo con una muger, ni en su casa ni en la de ella. En todas partes se hallaba su compañero, que tenia órden de no perderle de vista. Cuando trataban con él asuntos de conciencia, el compañero se retiraba un poco, pero siempre de modo que pudiese ver cuanto pasaba. Habiendo ido á visitarle á San Lázaro la mariscala de Schomberg, el compañero á quien habia encargado que asistiese con él al locutorio, movido de respeto se retiró un poco y cerró la puerta: inmediatamente le llamó Vicente, le hizo conocer su falta, y le mandó que no se retirase. Lo mismo hizo en otras muchas ocasiones semejantes.

Aunque tenia que tratar frecuentemente con personas que necesitaban de consuelo, nunca se valia de otras palabras ni de otras máximas sino de las que sacaba de la Sagrada Escritura para suavizar la amargura de sus corazones. Ignoraba aquellas espresiones afectuosas que, aunque pueden curar un mal, pueden tambien producir otro. « Creo de buena fe, decia hablando de una « carta muy afectuosa acerca de la cual le habian consultado, creo « de buena fe que la persona que os escribe con tanto cariño, no « pensará en mal alguno; pero es preciso confesar que su carta « puede hacer alguna impresion en un corazon mal dispuesto ó « menos fuerte que el vuestro. Nuestro Señor nos libre del trato « frecuente con una persona que pueda ocasionar alteracion, por « pequeña que sea, en nuestro espíritu.

Finalmente, como sabia que la pureza es semejante á aquellos



delicados espejos que se empañan con un ligero soplo, era tan circunspecto en sus conversaciones, que no podia serlo mas. Aun la misma palabra *castidad* le parecia poco espresiva, y usaba en su lugar de la de *pureza*, que desde luego presenta un sentido mas lato. Si se trataba de contener el desórden de aquellas víctimas de la disolucion que se pierden arrastrando consigo á otros muchos, las nombraba con la espresion de *pobres criaturas*, y á su incontinencia con la de *desgracia* ó *flaqueza*. Cualquiera espresion libre le sonrojaba, y si podia, inmediatamente reprendia á los que se habian atrevido á pronunciarla en su presencia.

Por medio de estas rigorosas precauciones, aunque fué calumniado sobre diversos puntos á ejemplo de su divino Maestro, su reputacion, como la del Salvador, jamas tuvo que sufrir en cuanto al artículo de la pureza; al contrario, siempre fué mirado y mereció serlo como uno de los grandes celadores de la castidad. Bien público es que en las misiones libertó de inminente peligro á muchas doncellas y otras mugeres que estaban para rendirse á los vivos ataques de la importunidad; que en las provincias asoladas por la guerra, visitó y alimentó á un prodigioso número de aquellas á quienes la miseria y el hambre iba á reducir á los mayores estremos; que la Lorena, en donde siempre vivirá su nombre, le es deudora del honor de sus vírgenes, las que á bandadas hizo ir á Paris, y por influjo de las señoras de su asamblea hallaron asilo en las casas de muchas personas piadosas; y finalmente, que bajo su proteccion dos castas é ilustres viudas, las señoras de Pollalion y Le Gras, que eran hijas suyas en Jesucristo, abrieron sus casas á infinidad de palomas que estaban en estrema necesidad, y á quienes la dilacion de un dia hubiera costado la pérdida de su inocencia. Estas mismas palomas, aunque retiradas al arca, tenian necesidad, segun decia nuestro Santo, de ser custodiadas cuidadosamente, y queria que ni de dia ni de noche se las perdiese de vista.

Nuestro Santo habia formado un gran proyecto, y le hubiera puesto en ejecucion, si no se lo hubiese estorbado la muerte. Este grande hombre en sus últimos dias formó el plan de un hospicio para mugeres perdidas, especialmente para aquellas que hacen un infame comercio del honor y pureza de otras. Ya habia tenido largas conferencias sobre este particular con algunas per-

sonas virtuosas; y aunque conoció desde luego que un proyecto de esta naturaleza presentaria muchas dificultades en su ejecucion, no hay duda que su paciencia y su prudencia las hubieran vencido, como le habia sucedido en otras muchas ocasiones. De este modo se esplicaba el Sr. Abelly cuando publicó lahistoria del siervo de Dios; pero lo que entonces no era mas que una conjetura, se verificó pocos años despues de la muerte de nuestro Santo: su prudencia y su valor le sobrevivieron en las personas de los que se habian asociado para esta buena obra, que por último tuvo un éxito feliz.

Si Vicente cuidaba tanto de conservar la pureza en las personas estrañas, ¿cuál seria su zelo respecto de sus propios hijos? Confieso desde luego que, si no conociéramos como conocemos la corrupcion del corazon del hombre, tendriamos por escesivas las precauciones de que se valió. Un sacerdote que en una parroquia de Varsovia hacia las funciones de párroco, le preguntó si tendria necesidad de llevar consigo un compañero cuando visitaba á las enfermas. ¡Oh Jesus! le respondió; guardaos muy bien «de no hacerlo. Cuando el Hijo de Dios mandó á los apóstoles «que fuesen de dos en dos, preveia sin duda los grandes males á «que se esponian yendo solos. ¿Quién podrá, pues, derogar una «costumbre que introdujo el mismo Señor entre los suyos, y que «siempre ha sido observada en nuestra Congregacion? La espe«riencia ha hecho ver á muchas comunidades religiosas que es ne«cesario que la puerta de la enfermería esté abierta, y descorri«das las cortinas de las camas en los monasterios, mientras que «los confesores administran los sacramentos y están arrimados á «las enfermas, por causa de los abusos que se han advertido en «estos tiempos y en los pasados."

Estos consejos parecerán estraños á muchas personas; pero al mismo tiempo que les permitimos que se tengan por mas fuertes que un anciano venerable, á quien sus pasadas victorias y el hielo de la edad podian dar alguna confianza, nos permitirán á nosotros que no pasemos en silencio unas lecciones de que algunos podrán aprovecharse: muchas dió en esta materia que parecen estraordinarias. Consultado por un sacerdote recto y sencillo si para conocer la declinacion de la calentura en una muger enferma y administrarla en tiempo los sacramentos podria tomarla el



pulso, le respondió: «Es necesario absolutamente abstenerse de «semejante práctica: el espíritu maligno puede valerse de esta «ocasion para tentar al vivo y á la moribunda; en este último «lance el Demonio se aprovecha de cualquier arma que encuen«tra para ganar una alma. Puede muy bien conservarse el vigor «de las pasiones aun estando debilitado el cuerpo. Debeis acor«daros del ejemplo de aquel Santo que, habiéndose separado de «su esposa, precediendo el consentimiento de ella, no quiso per«mitir que esta le tocase en su última enfermedad, y esclamó con «el poco aliento que le quedaba, diciendo que aun habia fuego en«tre las cenizas. En cuanto á lo demas, si quereis instruiros en «órden á los síntomas de una muerte próxima, encargad al médi«co, ó al cirujano ó á alguna otra persona de las que allí asisten, «que os hagan este favor; pero en todo caso no os aventureis á to«car á muger alguna con ningun pretesto."

Nuestro Santo queria tambien que nos abstuviésemos, no solamente de ciertas acciones permitidas, sino tambien de aquellas que son buenas y santas, cuando, segun el dictámen de los que nos dirigen, pueden ser sospechosas; porque entre todas las sospechas justas ó injustas, ninguna hay que ocasione un golpe tan funesto á un sacerdote, á sus talentos y á sus empleos, como la que obscurece la pureza de sus costumbres; y estas mismas reglas que señalaba á sus hijos en esta materia, las aconsejaba tambien á los legos. «Aunque no haya mal, decia, en conversar mano á mano «con una persona de diferente sexo, siempre hay motivo de sos«pecha: ademas de que el verdadero modo de conservar la pure«za, es evitar todas las ocasiones que puedan mancharla."

No obstante estas precauciones, era al mismo tiempo muy prudente, y no sufria que nadie se asustase con la infinidad de ideas que pasan por la imaginacion, y de las que no están exentas aun las almas mas puras. «No debeis admiraros, escribia á uno de «sus hijos, de las tentaciones que padeceis: esto es un ejercicio «que Dios os envia para humillaros y haceros temer; pero tened «confianza en el Señor: bástaos su gracia, con tal que huyais de «las ocasiones y conozcais la necesidad que teneis de sus auxilios. «Acostumbraos á depositar vuestro corazon en las sagradas llagas «de Jesucristo siempre que os acometan semejantes ideas impu«ras; estas llagas son un asilo inaccesible al enemigo."